

Si aceptamos que el recuerdo es una estrategia neuronal para moldear el presente del individuo —su sensación de continuidad y todas sus operaciones de codificación social—, quedará bien clara la complejidad del asunto tanteado por Jelin. Es un detalle muy determinante que la ensayista considere cómo «algunos creen que la represión y los abusos son fenómenos del pasado dictatorial. Otros centran su atención en las formas en que la desigualdad y los mecanismos de la dominación en el presente reproducen y recuerdan el pasado. El pasado dictatorial reciente es, sin embargo, una parte central del presente».

Con un elogiado resultado intelectual, este volumen inaugura la serie de libros que, bajo el rótulo *Memorias de la Represión*, publica las derivaciones de un programa diseñado por el Panel Regional de América Latina (RAP), del Social Science Research Council, con el fin de estimular la investigación y la formación de estudiosos en torno a las memorias de lo que fue la represión política en todo el Cono Sur.

Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones, Jon Elster, traducción de Albino Santos Mosquera, Paidós, Barcelona, 2002, 525 pp.

Planeada y en parte escrita antes de que fuera diseñado el volumen

que ahora la recoge en su definitiva extensión, esta obra de Jon Elster se asoma a una ventana científica que hoy, gracias al prestigio de la llamada *inteligencia emocional*, caldea el ánimo de lectores escasamente proclives a la lectura de ensayos. Como si comenzara a ver algo por primera vez, este público parece haber saltado, sin la red correspondiente, de los libros de autoayuda —consoladores pero mediocres— a los manuales psicológicos más ambiciosos y mejor informados. Nuestro autor, catedrático de Ciencias Sociales en la Universidad de Columbia, no desconoce el truco que hoy empuja buena parte de los estudios de este jaez: superando la empinada y angosta disciplina que le es propia, acude a otros saberes para sacar ventaja y componer una obra que contentará a curiosos con muy distintas inquietudes. Por otro lado, al continuar el análisis de las emociones que ya había emprendido en *Sobre las pasiones*, retoma un discurso hospitalario —sabe que su auditorio será amplio—; y no obstante, es verdad que lo hace en una forma mucho menos deslavazada que la propia de otros de sus colegas, demasiado próximos a ese tono de escuela dominical que hoy menudea entre los muchos seguidores de Daniel Goleman (dato revelador que explica tal abundancia: el libro *Inteligencia Emocional*, lanzado por dicho profesor de Harvard en 1995, se mantuvo durante año y

medio en la lista de los títulos más vendidos que publica el *New York Times*).

Con un eficaz estilo explicatorio, Elster nos recuerda que las emociones son la materia de la vida, y dado que los análisis de semejante asunto son, en su mayoría, de carácter estático, él opta por considerar las dinámicas emocionales sirviéndose, por ejemplo, de varios registros de la cultura. Dado que esta última afecta a la emocionalidad de un modo sustantivo, no ha de extrañar que el erudito se refiera a sus facetas más connotadas —el arte, la literatura, la ideología— para concretar el propio papel de las emociones en la vida mental y, al cabo, en la generación del comportamiento.

Al escribir sobre este fondo, subjetivo en extremo, la línea interpretativa se rige de acuerdo con un mecanismo; esto es, una pauta causal, recurrente, reconocible e inteligible, mediante la que cabe explicar el proceso, pero no predecirlo. En todo caso, cuando Elster contrapone la explicación mediante mecanismos a la efectuada por medio de leyes, asume que esta última es, a no dudarlo, determinista. En contraste, las reacciones emocionales —un ejemplo de mecanismo en el sentido antes indicado— admiten los enfoques más divergentes, modulaciones y algún que otro silencio. Seguramente por ello es tan oportuna la sugestión filosófica y literaria que el autor introduce en diversas

etapas de su pesquisa. Con todo, para evitar la monotonía, en el desarrollo de las referencias bibliográficas elige diversos temperamentos: el Aristóteles de la *Retórica*, moralistas al estilo de Montaigne, La Rochefoucauld y La Bruyère, o literatos canónicos, como Shakespeare, Jane Austen y Stendhal. Por lo demás, el conjunto fluye de acuerdo con el ritmo histórico, lo cual permite al ensayista tener en cuenta el impacto de las emociones sociales en el contexto de su época, rescatado con entusiasmo novelesco. De ahí el interés de las líneas que, deslizándose valores dramáticos, dedica luego a la vergüenza, la culpa y el honor, sea éste por atribución o por consecución. Al hilo de todo ello, acaba por triunfar una lectura más técnica y, si se quiere, menos ambigua, que reaparece en las notas conclusivas y muestra el calado académico del conjunto.

El profesor Elster convence como evocador de imágenes mentales, muy acertado a la hora de reunir los ingredientes que exige el desempeño emotivo. Su libro proporciona incitantes ideas, las matiza de modo concienzudo y es de una originalidad muy plausible, aun a pesar de admitir ese parentesco que más arriba comentábamos a propósito de Goleman y de su involuntaria estirpe.

Guzmán Urrero Peña

El fondo de la maleta

Carpe diem

Ante las ruinas de Europa, tras la guerra de 1914-1918, Paul Valéry reconoció, lastimero, la mortalidad de las civilizaciones. Años antes, Hegel había sido más categórico: todas las civilizaciones llevan en sí mismas el germen de su destrucción. No caducan ni son aniquiladas: se suicidan. Cumplen una parábola vital, de la infancia a la vejez, y luego se ponen de acuerdo con esa muerte propia que, según la sugerencia de Rilke, todos llevamos dentro como las madres a sus niños antes de darles nacimiento.

Es obvia la lección de modestia que, unida a la ufanía de victorias y tesoros, podemos aprender de estas biografías conclusas que son las historias de las civilizaciones. A veces, contemplando los restos de ciudades extinguidas, nos parece que el destino de los mayores imperios es convertirse en un atado de crónicas y cuatro columnas rotas.

Pero hay algo más, que es el reverso de la muerte y que podría llamarse dimensión inmortal y fantasmal de la civilización. Los templos griegos son colecciones de fragmentos, pero su forma, sus proporciones, el vocabulario visual de su estilo,

están intactos y se pueden reproducir incontables veces. Casandra sigue gritando sus prevenciones que nadie escucha y Ulises burla, una vez más, a las sirenas, a Escila y a Caribdis. Troya ha sido borrada del mapa pero ¿quién no ha encontrado a Elena en una esquina, dispuesta a provocar una guerra por sus favores? O ¿quién no ha confundido al camarero del bar con Ganímedes?

Tal vez el destino de las civilizaciones no sea el aparente, devenir una reducida curiosidad para la vitrina del museo, sino la ordenación de esos fantasmas que hacen posible que imaginemos la vida, no tan sólo que la vivamos. El hombre es humano porque tiene la capacidad de duplicarse, de ser lo que es y más de lo que es.

Civilizar es hacerse civil, constituir una iudad. La ciudad es más que la cueva, que la choza, que la aldea. Es la duplicación de la vida en común, la memoria de los que vivieron e hicieron posibles nuestras vidas. Sus pavimentos, sus aceras, sus edificios, sus plazas vacías y sus bulevares colmados, se animan con la enésima compañía de los primeros civilizadores.

Colaboradores

- CARLOS ALFIERI: Periodista y crítico argentino (Madrid).
JOSÉ ANÍBAL CAMPOS: Musicólogo cubano (Wiepersdorf, Alemania).
JUAN GUSTAVO COBO BORDA: Escritor colombiano (Bogotá).
MARÍA DEL ROSARIO DÍAZ: Crítica literaria cubana (La Habana).
INMACULADA GARCÍA: Crítica literaria española (Madrid).
ORLANDO GONZÁLEZ ESTEVA: Músico y poeta cubano (Miami).
ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO: Escritor cubano (Barcelona).
CÉSAR LEANTE: Escritor cubano (Madrid).
DARIE NOVACEANU: Escritor rumano (Madrid).
ANTONIO JOSÉ PONTE: Escritor cubano (La Habana).
SAMUEL SERRANO: Escritor colombiano (Madrid).
JEAN-PIERRE TARDIEU. Historiador francés (Saint Denis).
GUZMÁN URRERO PEÑA: Periodista y crítico español (Madrid).
JUDITH A. WEISS: Historiadora canadiense (New Brunswick, Canadá).



La Catedral de La Habana